

## DON ADRIÁN CELAYA: LA TRADICIÓN Y LO LIBERAL

*“... Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—quien habla solo espera hablar a Dios un día— ...”*  
(ANTONIO MACHADO).

Era un maestro integral. Yo le vi entrar el primer día de clase con una boina azul marino. Desde ese día la boina adquirió para mí un nuevo significado, una dignidad especial. Todas las demás prendas con que uno puede cubrirse la cabeza pasaron a ser o pretenciosas o irrelevantes. No la boina; la boina, repito, digna.

Hay personas que tienen esa capacidad transformadora, maravillosamente transformadora, de la realidad. Ellos consiguen que lo sencillo siga siendo sencillo pero valioso. Debe de ser un don, una gracia reservada a muy pocos.

Don Adrián andaba en sus pensamientos (sí, conversaba con el hombre que llevaba dentro, como dicen los versos de Machado), pero se abría con generosidad a todos los demás. Era un maestro vocacional. Cuando hablaba miraba lejos, muy lejos, traspasando el horizonte: lanzaba sus ojos a un mucho más allá. Creo que no sólo perseguía ideas, sino ideales.

Una de las primeras cosas que aprendí con Don Adrián fue lo que era un noray, cuando nos puso un ejercicio de clasificación de bienes muebles e inmuebles. ¡Ah, la Ría en su Sestao! Pero años después, habiendo dejado ya sus aulas, seguí aprendiendo de él muchas cosas más. Era una fuente inagotable de proyectos y de energía vital. Había hecho de la juventud su hábitat. ¡Cuántas veces, al encontrarme con él en la calle de forma fortuita, me ha llevado a una cafetería para contarme “en lo que andaba metido” y lo que estaba escribiendo!

Rezumaba vizcainía (Señorío) y señorío por todos sus poros.

Yo me imagino lo que será el cielo ahora, con él en la tarima, explicando en qué consiste la troncalidad. Hace poco he leído unos Evangelios apócrifos. En el capítulo “Cosas del Maestro” estaba escrito:

“En aquel tiempo Jesús subió a la montaña y sentándose en una gran piedra dejó que sus discípulos y seguidores se acercaran. Tomando la palabra les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los...” Entonces Pedro le interrumpió: ¿Esto hay que aprendérselo de memoria? Y luego Andrés: ¿quieres que lo copiemos? Y Santiago: ¿entra en el examen? Y Felipe dijo: no tengo papiro. Y Bartolomé: ¿te lo tenemos que entregar? Y Juan: ¿puedo ir al baño? Y Judas ¿Y esto para qué sirve?

No abrigo la menor duda de que Don Adrián encontrará la forma de dar alguna aplicación práctica a la troncalidad en el Paraíso. Seguro que en el cielo todos seguirán atentos y sin interrupciones sus explicaciones. Porque él era el respeto personificado y recogía lo que sembraba: respeto. Sí: seguirán atentos sus explicaciones; tal vez perplejos, pero atentos. Y mirarán absortos lo que tantas veces hemos visto sus alumnos: cómo impulsa las palabras con un inimitable movimiento circular de los hombros.

Don Adrián era un oxímoron: reunía las dos almas antitéticas del País Vasco, las que le han forjado y dado su carácter. Él era paradigma del talante liberal y a la vez el estudioso de la tradición. La síntesis que reconciliaba esas dos fuerzas antagónicas consistía en la conservación y la proyección hacia el futuro del legado de la Historia: el fuero. Al examinar la obra de Don Adrián uno siente la tentación de repetir con el cínico: “todas mis mejores ideas me las han robado los hombres que me han precedido”.

¡Ay, ese hombre sabio y justo, ese vasco liberal que dignificó la boina!